

SADISMO

Sí, es cierto, soy sádico. Gozo golpeando, pellizcando, quemando, torturando y todo lo que termine en ando, a los demás. Antes no era así. Qué va. Yo era masoquista, masoco de mierda, me decían mis amigos cuando me golpeaban. Cómo extraño esa parte de mi vida. Mi mujer, a la que acostumbro golpear antes de desayunar, a la hora de la comida y antes de dormir, me dice que lo que yo tengo es nostalgia pura, que ya la deje en paz, que la olvide. Cómo si fuera tan fácil.

Recuerdo que de niño me daban mi mamá, mi abuela y algunas veces mi papá, nalgadas. Me nalgueaban por todo: porque no quise desayunar, porque dejé la ropa tirada, porque le jalé la cola al gato, porque dejé escapar al canario de mi abuela, porque caché a mis papás abrazados desnudos, por cualquier cosa. Y sí, todo lo hacía a propósito para que me pegaran en esa parte. ¡Qué rico! Primero es sentir la mano fría sobre la superficie redonda de mi nalga, luego el dolor del golpe, después el ardor que seguía por mucho tiempo, que era lo que más me gustaba, y por último el disfrute de ver tus gluteos todos colorados. Gluteos les llama mi mamá pues le molesta, no sé por qué, que les diga nalgas. Otro de los dolores que más disfrutaba de niño eran los pellizcos que me daba la maestra Lucila. Era una monja y ya se sabe que los pellizcos de monja son los más efectivos. Ella también me pellizcaba por cualquier cosa, que no llevara la tarea, que le levantara la falda a mis compañeras, que me estuviera agarrando ahí. Ahí le decía ... ahí. A mí también me da pena decirle por su nombre. Algunos le llaman el pajarito, la cosita, la pistolita y para qué seguir. Ustedes ya han de saber de que parte del cuerpo les hablo. Pellizco va y pellizco viene. Me pellizcaba sobre todo en el brazo pero también lo hacía en la pierna y algunas veces en mis nalgas. Esa parte creo que es la

que más le gustaba a la condenada pero bien que se hacía guaje. Ya en plano mayor eran los golpes que me daban mis compañeros al salir de la escuela. Me pateaban, me daban de cates, me jalaban de los cabellos. Yo los insultaba para que me dieran más fuerte, les llamaba maricas sin calzones, niñitos hijitos de su mami, fresas, nacos, chaparros, prietos, narigones, gordinflones o el defecto que tuvieran. Y seguían con las patadas y los trancazos. ¡Qué maravilla! Una vez hasta me rompieron el radio que es un hueso del antebrazo. Esto lo digo por si no lo saben. ¡Somos tan ignorantes en la actualidad! Mario, que es ingeniero, me dijo que si me rompieron el radio lo mejor era comprar otro que mandarlo a reparar, que nunca vuelven a tocar igual. ¡Pendejo! Y perdonen la expresión. Pero eso era él. Yo lo buscaba mucho pues era de los que mejor me sabían pegar. Se especializaba en ponerme morados los ojos y en tirarme los dientes. Me tumbó cinco.

En la prepa me metí a cuanta porra existía, de fut soquer, de fut americano, de básquet, de beis, de natación. Y no porque me gusten esos deportes, es más, me repatean. Pero qué maravilla ir a los partidos y enfrentarse con la porras contrarias. Ahí todo se valía: patadas, golpes con bats, botellazos, sillazos. Te daban de puñetazos, de porrazos, batacazos, coscorrones y trancazos. Todos me consideraban casi un héroe pues me colocaba siempre en el centro de las peleas y a mí era al que más golpeaban de todos. Yo también golpeaba para que me devolvieran los golpes con mayor fuerza. ¡Cómo disfruté! Si usted o tú son masocos se los recomiendo. Me lo van a agradecer.

Ya mayor las facilidades para que te golpeen van disminuyendo. Lo más es algún pleito de cantina, pero como no me gusta beber... En el trabajo menos oportunidades de agresión física y eso que me pasaba haciendo cosas como darles informes falsos, meterles virus a sus compus, esconderles papeles importantes, acusarlos falsamente a la dirección de la

empresa de que se robaban algo, de que llegaban borrachos, de que hacían el amor en los baños. Una sola vez, Arturo, mi compañero de proyectos, se enojó y me tiró un uper a la cara. Apenas y me dolió. Es que él es bien delicado. Sólo me reí. Me pidió perdón. Yo le dije que me pegara como hombre. Casi se pone a llorar y yo con él pues quería más golpes y no se me dieron. Eso es frustrante.

Me casé no con la noviecita frágil y bella con que todos sueñan. No, yo me busqué una que tuviera aspecto de ruda y la conseguí. Era gorda, de brazos fuertes, con vello en la cara y varias partes de cuerpo, de voz ronca. Una mujer machorra para describirla con una palabra. Esta sí que me va a hacer feliz, me dije. De novia no la provoqué pues ya sabía que las novias dicen y hacen siempre lo contrario de lo que van a ser ya casadas. Todas son muy modositas, cariñosas, humildes, ahorrativas, calladas. Así era Rigoberta. Yo esperaba con ansias la boda. De la primera noche no me emocionaba tanto el saber que fuera virgen que los primeros gritos y golpes que me diera. Ya veía su mano gorda estrellarse contra mi cara, sus grandes pechos contra mi escuálido pecho, sus piernotas pateando mis piernitas. Eso no les he dicho y creo que ya es tiempo. Soy delgado, flaco más bien, no tan chaparro pero tampoco alto. Con un fuerte golpe siempre voy al suelo. ¡Me encanta llenarme de polvo, de lodo, de agua sucia, de basura o de lo que haya en el piso!

¡Oh decepción! A mí mujer no le gustan los golpes ni siquiera los más leves. Dice que juego de manos es de villanos. Tampoco le gusta gritar y menos insultar. Yo la provoqué diciéndole gordinflona, cerda, monstruo del lago Mayor y muchas otras cosas. Lo único que hace es llorar. Imagínense a la pendeja, y pido perdón otra vez por la palabra, pero sí, la pendeja en lugar de darme una golpiza siempre se pone a llorar y a pedir perdón por estar tan gorda.

Ella fue la que me trajo contigo, pinche psiquiatra, para que me quitaras lo masoquista. Y lo conseguiste. Ahora no te estés quejando de los golpes que te doy. Tú me volviste sádico. ¡ Te digo que no grites, que no llores! Y menos ahora en que te voy a clavar estos alfileres en tu pecho. ¡Con un carajo, cállate!

Tomás Urtusástegui

2010